

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 19 de

Setiembre de 1889

Precios de Suscripcion.
 Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 3 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION
 Plaza del Sol 5, bajos,
 y calle del Cañon 9, principal.
SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion
 En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—La risa.—Carmencica.—Suscripcion para las ancianas Soriano.—A la memoria de la señorita doña Dolores Torat y Rodriguez.—Pensamientos.

LA RISA.

La risa es la expresion de la alegría que siente el alma, pero tambien es la demostracion de bastardos sentimientos.

Nada más dulce, ni más risueño, ni más franco que la risa de un niño; cuando unos cuantos pequeñuelos están en un jardín, ¡qué agradable es escuchar sus alegres carcajadas! Los pájaros se asocian á su inocente alegría, á su ruidosa manifestacion, y no hay nada más armónico que la risa de los niños y el canto de los hijos del aire.

Mas ¡ay! la ironía tambien tiene su risa. El hombre desesperado se rie con risa volteriana cuando apunta en su sien el cañon de una pistola; se rie el mendigo cuando el poderoso le niega una limosna, diciéndole con su risa sarcástica: "Somos compañeros de mendicidad; yo soy pobre porque nada poseo, y tú tambien eres pobre porque eres avaro."

La burla tambien tiene su manifestacion con la risa; la risa burlona es una ofensa que continuamente hace y recibe la humanidad, y que para nosotros pone de relieve las más bajas pasiones del corazon humano.

Tenemos la costumbre de no juzgar á los hombres por sus acciones más ostensibles, porque éstas obedecen muchísimas veces á la presion de las circunstancias. Hay hombre que ante una calamidad pública se desprende hasta de millones, sin que por esto en el fondo de su alma irradie la luz de la verdadera generosidad.

¡La sociedad nos impone tantos sacrificios! ¡Se teme tanto al que dirán, y es tan agradable el aplauso unánime de cuantos nos rodean, que por obtener los plácemes de los que sellaman nuestros amigos, hacemos á veces heroicidades, no por el bien de nuestros semejantes, sino por rodearnos de admiradores.

Donde nosotros juzgamos al hombre es en su vida íntima, en el interior de su hogar, en el estrecho círculo de sus relaciones de confianza; allí, allí le vemos tal cual es; sin la aureola de falsas virtudes, ni la viciada atmósfera de que le rodean sus enemigos, que no hay hombre que valga que no los tenga, porque la envidia y la maledicencia siguen al hombre como la sombra á la luz.

Una noche conocimos que uno de nuestros amigos es un hombre de bien por el hecho siguiente: Volvíamos del teatro á una hora muy avanzada; de consiguiente eran contados los transeuntes que cruzaban las desiertas calles. En medio del arroyo advertimos que había una piedra muy grande, que desde luego se conocia que ha-

bia sido colocada allí por algun chico mal intencionado, para ocasionar más de un tropezon al que fuese distraido. Las cinco ó seis personas que nos acompañaban, todas dijeron que aquella piedra proporcionaría mas de un disgusto; pero ninguno de nosotros se apresuró á quitarla hasta que D.... se inclinó, cogió la piedra y la dejó al pié de un árbol, diciendo:

“Quitemos este estorbo de en medio, que sería muy fácil que uno de los muchos trabajadores que salen de madrugada tropezára y se lastimára, estando como están las calles casi oscuras.”

¡Cuánto nos conmovió el noble rasgo de D....! ¡qué accion tan generosa y tan espontánea! ¡qué interés tan verdadero demostró por el infeliz obrero que deja su lecho ántes que los pájaros para ir á ganar su sustento! Hizo el bien por el bien mismo, nadie podia agradecer aquella delicada prevision, porque de todos era ignorada.

Acciones posteriores nos han hecho conocer que D.... es un hombre de bien; pero aun cuando ningun hecho nos lo hubiera demostrado, la accion de aquella noche al retirar la piedra fué para nosotros la mejor prueba de sus generosos sentimientos, y desde entónces, siempre que vemos un estorbo semejante en medio de la calle, recordamos á D.... y le imitamos. ¡Cuánto se aprende con el buen ejemplo!

¡Feliz el hombre cuyo proceder sirve de útil enseñanza á la humanidad!

Hacer algunas consideraciones sobre la risa es el tema de nuestro artículo, y nunca nos hubiéramos ocupado de esa demostracion de contento, de burla y de desesperacion, si un incidente casual no nos hubiese obligado á ello.

El balcon de nuestro gabinete da á una plaza que los domingos se asemeja á las Américas, ó sea el Rastro de Madrid; los ropavejeros levantan sus tiendas ambulantes, y por espacio de algunas horas son el refugio de los muchos desheredados que compran trapos y zapatos viejos para cubrir su desnudez.

Una mañana se cubrió el cielo de negras nubes; un viento húmedo y huracanado fué el mensajero que envió una próxima tempestad, que no tardó en presentarse acompañada de truenos, copiosa lluvia y abundante granizo; los tenderos, que estaban al aire libre, tuvieron que recoger sus mercancías de prisa y corriendo, y todos huyeron á la desbandada, llevando cada cual el traje ó el mueble que se encontraba en mejor estado, para preservarlo del agua, que caia á torrentes. Una jóven madrileña, que á la sazón estaba en nuestra casa, al comenzar la lluvia dijo alborozada:

—Dejadme ir al balcon para reirme de los traperos; —y acompañada de su prometido, se colocó detras de las persianas, riéndose á carcajadas cada vez que pasaba uno de aquellos infelices cargado con un mueble ó con un fardo.

Sin podernos explicar la causa, la risa de aquella jóven nos hizo daño, lo mismo que la de su prometido; aquella satisfaccion que experimentaban viendo la confusion y el trastorno de aquellos pobres seres, que viven rodeados de todo lo más repugnante que hay en este mundo; aquel goce que ellos sentian ante la tribulacion ajena, nos hirió tan profundamente, que digimos, como Florentino Sanz:

Risas hay de Lucifer,

Risas preñadas de horror.

Y la risa de aquellos dos jóvenes era una de esas risas que hielan el corazon y que se prestan á profundas consideraciones.

No era una risa producida por la impresion de un segundo; reian del mal ajeno con conocimiento de causa, y mas de quince minutos estuvieron entregados á aquel pernicioso entretenimiento.

¡Pobres espíritus, qué poco adelanto moral han conseguido! Y aquellos dos seres, que quieren unirse con el lazo del matrimonio, ¿qué podrán enseñar á sus hijos? ¿qué sentimientos de amor y de caridad inculcarán en su mente los que se divierten con las tribulaciones ajenas? ¡Pobres espíritus! El verdadero sentimiento lo desconocen por completo; posteriormente se han unido y su casa parece un trasunto del infierno, su risa se ha trocado en llanto. ¡Ay del que no sabe compadecer!....

Estos mismos seres podrán conmoverse ante una desgracia horrible, impulsados por el sentimiento general que inspira una catástrofe, pero á solas con ellos mismos no saben tener lástima de los atribulados.

“Y son dignos de compasión (nos dice un espíritu;) compadecedlos, que la mayor desgracia que puede tener el hombre es mostrarse insensible á las tribulaciones de su prójimo. Yo no he sido un criminal de oficio, pero me he complacido en el mal ajeno; me he reído de esos pequeños conflictos que en todo espíritu rudo y poco educado despiertan la hilaridad. En una de mis últimas encarnaciones, adquirí grandes responsabilidades por el mal uso que hice de mi risa; y no es por disculparme, pero gran parte de mis faltas las cometí animado por el ejemplo que me daba mi padre, aunque mi madre era una santa. Tendría yo ocho años cuando ajusticiaron á una pobre mujer; mi padre me llevó con él para que viera la ejecución mientras mi madre se quedó rezando por el alma de la que iban á ajusticiar.

„Cuando el niño comienza á pensar, hay que tener un gran cuidado con las impresiones que recibe, porque ellas suelen ser las que deciden de su porvenir.

„La pena de muerte es uno de los muchos errores que tiene vuestro código penal, y el levantar el cadalso en un paraje público acostumbra al niño á ser cruel y á no respetar la desgracia.

„Mi madre, que era una santa mujer, sostuvo un serio altercado con mi padre, porque no quería que yo viera la decapitación; pero mi padre me hizo ir con él diciéndome: “No hagamos caso de tu madre; ya verás cómo nos divertimos.”

„Esta palabra me llamó la atención, pues justamente mi madre me habia hecho una pintura horrible de las ejecuciones, y yo no podia comprender cómo la muerte podia inspirar risa.

„Recuerdo perfectamente que mi madre, al verme salir, le dijo á mi padre con acento profético:

„—Te lo llevas para que vea morir á una desgraciada en el cadalso; ¡quiera Dios que por tu causa no suba él un dia al patíbulo!—Mi padre se echó á reir y cogiéndome de la mano, me hizo salir con él.

„Oleadas de gente invadian las calles que conducian al lugar de la ejecución; vendedores ambulantes ofrecian sus mercancías á la multitud; todos los balcones estaban llenos de mujeres y niños; la compacta muchedumbre corria aceleradamente, y mi padre no se quedaba atrás; aquel aspecto de dia de fiesta trastornaba las ideas que me habia incalculado mi madre, y le decia yo á mi padre:

„— ¿Hoy es domingo? ¿Hoy nadie trabaja?

„—Nadie muchacho—me dijo un amigo de mi padre—Hoy trabaja únicamente el verdugo.”

„Nos situamos cerca del cadalso, y mi padre y sus amigos rieron alegremente, chanceándose con cuantas mujeres pasaban. Al fin llegó la pobre mujer que debia subir al cadalso. Iba montada en un asno; éste se espantó poco ántes de llegar ante el patíbulo; tiró su carga al suelo, y sin que nadie pudiera detenerle, rompió filas, y como un caballo desbocado, destruyó cuantos pequeños obstáculos encontró á su paso, como fueron los cántaros y demás vasijas de los aguadores, echando á

rodar los cestos y canastos de los vendedores, promoviéndose una risa y un aplauso general, y excitado ya el ánimo á la risa, hasta los gestos de la condenada y la obesa figura del fraile franciscano que la ayudaba á bien morir, todo despertaba la hilaridad del público.

„Se cumplió la justicia humana, y hasta de la ajusticiada mi padre y sus amigos se rieron. Yo estaba aturdido, y volví á casa contándole á mi madre que todo el mundo habia hecho fiesta y que me habia divertido mucho.

„—Es un valiente—dijo mi padre;—no le intimidan los muertos.

„—Será un mónstruo sin corazon, replicó mi pobre madre, y lloró con profundo desconsuelo. Tuvo razon; desde que ví aquella fiesta general por presenciar una ejecucion, me aficioné á ellas y no perdí ninguna de las que se hicieron durante mi permanencia en la tierra.

„La profecía de mi madre se cumplió; tuve que morir en el patíbulo; fui homicida por vengarme de un noble que se rió descaradamente de mi grotesca figura, que yo era jorobado en aquella encarnacion, y la risa burlona que siempre me acogia adonde quiera que iba me hizo odiar á la humanidad de tal modó, que cuando pude vengarme del noble que se mofaba de mi infortunio, me encontré satisfecho de mí mismo y declaré mi culpabilidad hasta con orgullo.

„Cuando salí de la cárcel para ir al patíbulo, recordé perfectamente la primera ejecucion que ví y las palabras proféticas de mi pobre madre; y al ver aquella multitud que se gozaba en mi agonía, sentí un furor tan terrible, que comencé á apostrofar á la muchedumbre que me rodeaba diciéndole:

„—Apartaos, que sois imbéciles y malvados á la vez; os regocijais porque voy á morir; ¡preparaos! muchos de vosotros seguiréis mi camino, que la barbarie conduce al crimen;—y exhalé mi último suspiro, maldiciendo á la humanidad.

„¡Oh! risa, risa, expresion del contento de una madre, de la inocente alegría del niño, y de la burla social!... ¡Cuánto daño se hace con la risa en algunas ocasiones!... No te extrañe la sensación dolorosa que experimentaste al ver reir á tus jóvenes amigos. Yo estaba junto á tí, y nuestros flúidos se confundieron, y nuestras ideas se fusionaron. Aconseja á la humanidad que no se ria del que sufre, que su risa se suele trocar en llanto cuando ménos se lo piensa.

„No podeis figuraros la penosa impresi3n que se recibe cuando uno está agobiado por el dolor ó la contrariedad, y ve reir á los que le rodean mofándose de su infortunio: aquella risa hiere más hondo que el puñal del asesino. Muchos son los crímenes que se castigan en este planeta; pero son muchos tambien los que no reciben correctivo; hay bufones sociales, que se encargan de desunir familias bien avenidas. Yo lo sé por mí mismo; como en muchas encarnaciones mi figura ha sido deforme, no he inspirado amor á las mujeres, y me vengaba de sus desvios labrando la desgracia de algunas de ellas, y no empleaba más arma que la risa. Ha habido mujer casada que la he hecho aparecer adúltera con solo las sonrisas de inteligencia que he dirigido á su marido, ó la risa impertinente que he hecho producir en los amigos del que me proponia arrebatarle la felicidad que yo ántes habia codiciado para mí.

„Tambien á tí la risa te despierta dolorosos recuerdos de existencias pasadas; tú tambien te has reido de los que han llorado, y como sabes muy bien que la risa de la burla se convierte en raudal de amargas lágrimas, por eso te impresionan tristemente todas las manifestaciones que hacen los espíritus de su inferioridad; por eso miras con deleite la madre que sonrie acariciando á su hijo, porque ahora comprendes lo que valen las puras demostraciones del sentimiento; por eso miras á los niños y bebes en sus ojos la alegría de la vida, alegría de la cual estás sedienta.

„Son inferiores la generalidad de los espíritus que habitan en la tierra; por eso, la burla se apodera de todas las clases sociales, y la compasión es flor exótica que no arraiga entre vosotros; por eso es necesario que los que ya comprendéis algo, difundáis la luz de la verdad, porque hay mucha ignorancia, y esta es la causa de los innumerables desaciertos que comete la humanidad. Despertad el sentimiento; amad mucho; enseñad con vuestro ejemplo, y no temáis que vuestros desvelos queden sin recompensa. Adios.,,

No tememos, no, que nuestra voz se pierda en el vacío, porque ya estamos recogiendo el fruto de nuestros afanes; espíritus amigos nos inspiran, nos cuentan su historia, y sobre ella podemos escribir nuestras consideraciones.

Nosotros solos, seríamos como pájaros sin alas, y ayudados por los espíritus, nos encontramos con fuerzas para trabajar incesantemente en bien de la humanidad, despertando su sentimiento diciéndole:

¡Ama si quieres vivir!

¡Compadece si quieres gozar!

¡Instrúyete si quieres ser libre!

Amalia Domingo Soler.

C A R M E N O C X

APUNTES DEL NATURAL.

Erase que se era, y no cuento gracioso sino por desgracia historia muy verdadera, un pastor muy buen mozo y tan buen chico como buen mozo, en lo que consentían los términos de su rústica ignorancia: tenía padre y madre apesar de lo cual en cuánto se vió libre de quintas, el jóven se casó. Muchas veces he reflexionado sobre esta espontaneidad de los pobres en asociar sus respectivas miserias y crearse familia propia, siendo así que las gentes acomodadas de la clase media y aun de la aristocracia, se pasan los años pensando como, cuando y con que cuenta y razon se casarán.

No sé si estos cálculos son exceso de prudencia ó exceso de egoismo. Lo cierto es que careciendo el pueblo de ambas cosas demuestra mayor confianza en la Providencia; él no entiende de virtudes, ni las predica, pero á tuertas ó á derechas con ó sin conocimiento de causa las practica. Mas reanudemos el hilo de nuestra historia.

Casóse el pastor y á poco tuvo indicios manifiestos de que en breve seria padre, de lo que se holgó en extremo el buen chico. Amaba á su compañera y nada más natural que verla fecunda, dándole un sér que fuera como continuacion de ellos mismos. No participó de esta alegría su mujer, porque desde el principio tuvo una preñez tan sumamente penosa que más de una vez la hizo maldecir del hijo, del marido y de la hora en que se casó. Llevaba su cruz muy á disgusto, mucho más á medida que aumentaba el embarazo, pues con él crecían las dolencias. Por fin estando en cinta de cinco meses, se postró en cama y allí empezó á decir á cuantos le rodeaban que aquella criatura sería causa de su perdicion, pues que ya no pensaba poder levantarse de aquel lecho de dolor donde irremisiblemente moriria al dar á luz.

Decia todo esto con tanta certidumbre y al propio tiempo con tanto despecho y corage que infundia pavor en cuantos la escuchaban, y madre y suegra y marido, diéronse á pensar no fuesen demasiado ciertos sus pronósticos. Después de cuatro meses de mortal angustia se anunció el alumbramiento y contra todos los temores

el parto vino derecho y en sazón, sin más trabajos que los que buenamente hubiera podido pasar una primípara. Quedó la enferma bien al parecer aunque sumamente débil: la leche afluyó á sus pechos y el médico declaró que podía criar. No se hallaba el marido de contento al ver á su mujer libre de tantos padecimientos, y las dos abuelas no se hartaban de dar gracias á Dios, por lo bien que á este mundo les habia venido una nietecilla que prometia ser muy hermosa, á la cual se bautizó con el nombre genuinamente español de Carmen. Solo la madre no tomaba parte en la alegría general: miraba con horror á la recién nacida, como echándole en cara la culpa de su mucho sufrir. Rehusaba cuánto podia darle el pecho, y no la queria nunca á su lado. Como hacia frio las abuelas metian á la niña en la cama de su madre, mas apenas habian vuelto la espalda cuando la parturienta sacaba bonitamente á su hija de debajo la cama y la colocaba en la cuna sin hacerle mas caso; únicamente cuidaba de ella misma mareando á cuántos la rodeaban, porque sin dolerle nada estaba tan disgustada, tan mal humoradísima que no habia por donde cogerla. Lloraba sin motivo, se enfadaba sin ton ni son, no podia sufrir que le hablaran de su hija, en fin aquello era como dicen en Aragon una gaita mal templada.

Así las cosas, trascurrieron algunos dias y cuando ya la parturienta estaba próxima a levantarse se enfadó porque le habian dado un caldo salado y tal fué el enfado que poco despues entregaba el alma á Dios, á consecuencia de una violenta calentura que la tal rabieta le acarreo.

Quedáronse todos afligidos á más no poder y en especial el pastor que en tan temprana edad veía ya muertas todas sus ilusiones. Lloró mucho, abrazó á su hija y procuró consolarse con ella. Púsose la niña en ama, fuese el pastor al monte, las abuelas á sus casas y todo volvió á tomar su acostumbrado sesgo. Mas apenas tendria dos meses Carmencita, cuando el ama observó que no lloraba nunca y que además movia continuamente la cuna de derecha á izquierda. Tan extraño fenómeno llamó la atención de todos, mas como la niña no se quejaba, mamaba bien y estaba gordita y sana, no se le dió importancia. Pasaron meses, vistióse á la niña de corto y continuaba moviéndose sin parar. Probó el ama de que hiciera pinitos, pero inútilmente porque con aquel perpétuo balanceo, una vez en pié la criatura se caia. Trascurió un año y otro y hubo que pensar en sacarla de casa del ama, empezando Carmen entónces á pasar algun mal rato. No hablaba, ni lloraba, ni reia, ni sabia comer, ni se tenia derecha, ni dejaba de moverse do quiera que estuviera; aun durmiendo habia que tener cuenta de ella como de un recién nacido y unas veces cuidaba de ella la abuela y otras la tia, y otras la vecina, y venía la siega y la labranza y la infeliz criatura ponía trabas á todos y su pobre padre solo en el monte guiando el rebaño triste y pesaroso de ver cuan poco cumplido era su gozo de padre. Por fin harto de estar apesadumbrado y sin más compañía que la del rabadan y las ovejas bajóse un dia al pueblo, fué en derechura á casa de su madre y le dijo:

—Madre, búsqieme V. novia, que me quiero casar, que estoy muy mal solo y quiero tener la Carmencica conmigo.

La madre comprendió el peso de este breve razonamiento y aprobó la idea de tener segunda nuera, pero no quiso cargar con la responsabilidad de proporcionársela y así lo manifestó á su hijo.

—Pues madre, si V. no hace las diligencias, no me casaré más porque no puedo bajar al pueblo y cuando bajo se me representa la tragedia de mi mujer y de mi hija y no tengo alma para mirar las mozas. ¿Quien así se va arrimar á este triste? Búsquemela madre, que en el pueblo hay mujeres á patáas y yo me contento con una que sea honrada aunque no sea guapa. Y lo que es por quererla, rediez, ya sabe V. mi génio, hasta los cordericos quiero, y si ella se porta bien con mí y lo hace bien

con la Carmencita, ¿por qué no la he de querer? Más que á me mesmo.

La madre se dejó convencer y prometió á su hijo que haria lo que él quisiese. Pasó en su mente revista á todas las chicas del pueblo y escogió en su entendimiento una que al parecer no le habia de decir nones, siendo además, rolliza, apta para el trabajo, de buen carácter, mejor corazón y nada mal parecida. Llamábase Dolores: fuéle á hablar de su hijo y de su nieta y aunque la familia puso algun reparo en que una soltera hubiera de desempeñar el papel de madrastra, ella aceptó con gusto la mision de cuidar á aquella infeliz criatura que con tal desgracia habia venido á este mundo.

Casóse el pastor por la posta y en breve volvió á su antigua alegría y á sus ilusiones. Dolores era muy buena y fué para Carmencita no una madrastra, sino una madre ejemplar. Tuvo dos hijos, pero no olvidó nunca á la hija de su marido que consideraba como suya. La niña iba creciendo en estatura y en hermosura, pero no daba signo de vida intelectual, ni moral. Permanecía siempre sentada en una sillita y siempre con aquel vaivén. Yo la conocí cuando tenia cuatro años y nada me anunció por de pronto que aquel cuerpo fuese un instrumento nulo para la manifestacion del espíritu. Era alta, muy blanca con colores vivos y sanos, el pelo algo rubio, los ojos grandes, negros, hermosísimos, tenia la nariz bien hecha, la boca chiquita con rojos y frescos labios y un óvalo perfecto encerraba todas aquellas preciosidades. Solo el vagar de su mirada, me dió á entender que aquel sér era extraño á cuanto se le decia y hacia. Carmencita no pagó nunca con una sonrisa de agradecimiento las caricias que se le prodigarón, ni quejóse nunca de nada. Era una insensibilidad física y completa. Con dificultad aguantaba lo que se le ponía en la mano; habia que darle de comer, acostarla, limpiarla y todo lo hacía Dolores con la paciencia de una santa y eso que sus chiquitines le daban el que hacer del mundo. Cuando iba del monte al pueblo, en un borrico ó como Dios la asistia, se llevaba toda la gente menuda: el uno porque mamaba, el otro porque no andaba y la mayor, porque necesitaba tantos cuidados como los otros dos juntos.

Yo admiraba la obra de aquella mujer y la consideraba más digna de recompensa que la obra de un sábio. Dos años permanecí en el pueblo y siempre ví á Carmencita limpia, remendada y harta, no observando nunca en Dolores un movimiento de impaciencia. Cuando las vecinas en ademán compasivo le decian: ¿Qué favor haria Dios en llevárete esta criatura! replicaba ella entre mohina y pesarosa: No señor ¿por qué se la ha de llevar? ya está bien, la chica aquí, luego nos vendria otra desgracia mayor!

Al cumplir seis años Carmencita empezó á decaer notoriamente. Lenta pero progresivamente enflaqueció, tornóse pálida y sus ojos se apagaban de mas en mas. Dolores se volvía tarumba: ¿qué tendrá esta criatura? decia, Y la miraba y la remiraba y la cuidaba lo mejor que sabia y podia aun cuando la niña tenia siempre el mismo apetito no manifestando gusto ni disgusto por manjar alguno. En esto cayó enferma la madre del pastor y aunque confesada, murió como verdadera espiritista pues mi familia la habia catequizado enseñándole á no tener miedo á la muerte. Murió con ejemplar resignacion y poco antes de pasar el tránsito dijo á su nuera:

Dolores, me voy; te prometo venir á buscar á Carmencita. No piense en eso, tia, contestó Dolores, la chica está bien aquí. Sin embargo, añadió muy conmovida, si es la voluntad del Señor que V se la lleve y ha de estar mejor allí que aquí, hágase la voluntad de Dios.

La abuela cumplió su palabra; poco despues de morir ella, murió Carmencita que contaria próximamente ocho años; se fué sin frio ni calentura y en un estado de marasmo atroz. Dolores lloró amarguísicamente y cuando por vía de consuelo le decian

que bien habia hecho Dios en llevársela, decia ella con tristeza y con el acento más convencido del mundo:

¡Ah! ¡pues á fe que no me estorbaba!

Tres años hace que Carmencita ha recobrado su libertad y Dolores aun repite lo mismo, que no le estorbaba. Era una mujer que amaba su cruz ¡Bendita ella! Y yo hace tres años que me estoy preguntando: ¿Qué clase de espíritu debia ser aquella niña, que en este mundo solo pudo menearse continuamente? ¿Por qué aquel cuerpo inútil era tan hermoso; de que le sirvió su hermosura si los que le rodeaban no eran personas sensibles á la belleza? ¿Qué relaciones guardaba aquel espíritu con su madre que tanto odio le profesó y su madrastra que tantas simpatías le demostró?

Los médiums suelen decirnos muchas cosas cuando nos asiste un verdadero amor al estudio y no vana curiosidad; pero en mi vida errática y azarosa no he tenido ocasion de averiguar la clave de esta rara historia y me he quedado hasta ahora con las ganas de saberla, como te quedarás tú, lector curioso, si la amiga Amalia que tan aficionada es á desentrañar estas cosas prácticas no tiene mas suerte que la cuentista.

MATILDE FERNANDEZ DE MARTINEZ.

Suscripcion permanente para las ancianas Soriano.

D. M. Navarro Murillo, Trujillo, 1 pta.—D. Tomás Cerbera, Jabea, 2'50 id.—Sr. Vizconde de Torres Solanot, Barcelona, 1 id.—El Angel Araceli, Gibraltar, 1 id.—Cecilia Mañez, id, 1 id.—Ana Estopa, id., 50 cénts.—Dominga Estopa, id. 1 id.—Eugenia N. Estopa, id. 1 id.—Mario H. de Estopa, id., 1 id.—José Meana, id., 1 id.—Centro espiritista, id., 2.—Regina Goyanes, Coruña, 50 cénts.—Manuel San Benito, Guadalajara, 50 id.—Pablo Goday, S. Cárlos de la Rápita, 1.—M. R. F., Salamanca, 50 cénts.—T. C. T., Barcelona, 50 id.—Centro Espiritista, Andújar, 3 ptas.—Total, 19'00 cénts.

Andújar 30 de Agosto de 1889.

A la memoria de la Srta. D.^a Dolores Torat y Rodríguez.

Su muerte no lloreis, se ha transformado
de crisálida humilde en mariposa;
no es más fragante la purpúrea rosa
si luce en un salon como en el prado.

Los goces mundanales
no son para las almas celestiales;
por eso cuando sueñan con el cielo
baten sus alas emprendiendo el vuelo.

EUGENIA N. ESTOPA

PENSAMIENTOS.

¿Qué son las religiones? Catecismos rancios de la humanidad.

El tiempo es el gran médico de las conciencias.

Alma que habla lo que siente, es código que queda en el espacio.

Nunca se está mas solo, que cuando se está mal acompañado.

Imprenta de Cayetano Campins, Santa Madrcna, 10.—Gracia.